

## LA FILOSOFIA DE LA CULTURA EN LA FILOSOFIA COLOMBIANA MODERNA

Pío Quinto García Parra.

A ritmo lento la filosofía colombiana ha ido entrando en su necesaria etapa de revisión y autocrítica. Vuelta sobre sí misma indaga las fuentes y métodos, los problemas resueltos y las expectativas, las vías obstruidas y los campos nuevos de análisis que conforman su ya abundante tradición. La autocrítica nos señala la crisis o fase coyuntural de transmisión para consumir una tradición, para agotarla y para abrirla consecuentemente a un estadio diferente. Esta edad a la que está llegando la reflexión filosófica entre nosotros, esperamos que sea su momento de madurez en el que logre transgredir la fase de la implantación de esquemas y de predominio mimético para avanzar sobre la creación original. A pesar de que no sería justo hoy aplicar a nuestros filósofos la crítica de Arroyabe por su actitud repetitiva y de sorprendente adhesión a lo europeo, sí es cierto que no se ha avanzado lo suficiente en la elaboración de temáticas innovadoras (1).

Dos ensayos más recientes confirman la índole coyuntural del devenir de nuestro pensamiento filosófico. Evidencian ellos una crisis, en cierto modo natural, más allá de la cual se exige la construcción de un pensar independiente, coherente con el ser de nuestra realidad particular y más severa con las inevitables influencias exteriores. Haciendo una evaluación de conjunto de la filosofía colombiana de este siglo, Rubén Sierra M. resalta el interés con que en los últimos años se ha tomado la filosofía (2). Un interés lo suficientemente explícito por el cual puede afirmar que "Colombia ha logrado normalizar su actividad filosófica" en la medida que se empieza a invertir, a superar, todo el condicionamiento en la reflexión impuesto por la actitud escolástica dogmática. Va quedando atrás esa forma generalizada de trabajo sobre textos y corrientes propias de la actitud de comentario para pasar al desarrollo sistemático de *problemas* típicamente filosóficos. Sería

(1) Véase: "Aspectos de la Cultura en Colombia". En *Revista Universidad de Antioquia*, No. 105, Medellín, 1952, pp. 37 ss.

(2) SIERRA MEJIA, Rubén, "Temas y corrientes de la Filosofía Colombiana en el Siglo XX" en, "*Ensayos Filosóficos*", Btá, Colcultura, 1978.

conveniente para Sierra Mejía, que la discusión sobre la *metodología* también penetrara en el círculo de intereses de nuestros filósofos. En un sentido similar de evaluación, aunque tomando el proceso general de la filosofía colombiana, Jaime Rubio apunta a los logros, a los puntos de llegada y a las nuevas posibilidades del pensamiento filosófico del país (3). Insiste en el momento de crisis por el que pasa este pensamiento y la imperante necesidad de ubicarlo en su alternativa precisa: el futuro, la creación que recoge y asume la trayectoria histórica, la tradición. Se trata de exigir a la filosofía la interpretación de la realidad socio-cultural atendiendo a los momentos metodológicos de distanciación y recuperación, condiciones de legitimación de nuestra identidad social.

La preocupación por reunir el pensamiento filosófico colombiano no es, sin embargo, una novedad. En un estudio que data de 1933, Cayetano Betancur ya había emprendido esta empresa, que a su vez era continuación de la obra de J. F. Quijano, "Historia de la Filosofía en Colombia", aparecida esta última en 1917 (4). Posteriormente otros autores como García Bacca, J. Jaramillo Uribe, se han ocupado de la reconstrucción de la filosofía nacional. Por su parte, el P. Jaime Vélez Correa adelantó en 1960 una amplia encuesta con los representantes principales de la actividad filosófica encaminada a la actualización y evaluación de esta disciplina.

No es la novedad, empero, lo que nos interesa resaltar de los dos recientes ensayos mencionados atrás sino más bien, el modo singular de señalar una coyuntura en el proceso filosófico del país; la advertencia exigente de un replanteamiento general de la práctica reflexiva en pro de una metodología más estricta, una temática más propia, filosóficamente significativa y socialmente ubicada. Un replanteamiento que logre en fin, un verdadero acercamiento a la realidad cultural profundizando problemas filosóficamente representativos.

Autores, etapas históricas, temas y corrientes han sido en general, los ejes de análisis sobre los que se han desarrollado los variados estudios de la filosofía en nuestro país. Se ha evaluado la incidencia de la escolástica en sus diversos momentos de auge y decadencia, el influjo utilitarista, las corrientes positivistas spencerianas, las influencias más contemporáneas con Ortega y Gasset, Scheler, Marx, Husserl o Heidegger. Las temáticas respectivas han variado desde la filosofía del derecho, la filosofía social, hasta la epistemología o la antropología filosófica. A pesar de este despliegue, hay no obstante un aspecto propio de la reflexión filosófica que no ha sido tomada en cuenta de un modo independiente. Nos referimos a la Filosofía de la Cultura, la cual queremos estudiar en ciertos pensadores colombianos modernos, es decir, de la generación del siglo XX.

(3) RUBIO ANGULO, Jaime. "La filosofía colombiana está en crisis" en, *Magazín Dominical de El Espectador*, Bogotá, 2, VII de 1978.

(4) Citado por Sierra Mejía, *op. cit.*, pág. 93.

## LA FILOSOFIA DE LA CULTURA

Hasta antes del Renacimiento la cultura no había logrado una estimación especial por parte de los filósofos. Fue necesario esperar esta época de conmoción social enorme, de transformación de estructuras económicas y políticas, para que el pensar sobre la cultura en su esencia misma adquiriera cierta intensidad. La escolástica medieval centrada en las disputas gnoseológicas y teológicas había permanecido ajena al problema. Las condiciones sociales nuevas, el imperativo regreso a lo clásico grecorromano quizás, se dieron como el campo propicio para que una temática diferente tuviera la consideración filosófica. Leonardo Da Vinci, Galileo, Bruno, Campanella, los epígonos del movimiento renovador italiano tuvieron plena conciencia de la transformación cultural por la cual crearon las teorías necesarias para justificar tal movimiento de cambio. La cultura para estos pensadores renacentistas se caracterizaba por una dualidad de cualidades: expresa la capacidad de creación que hay en el hombre simultáneamente su capacidad de distanciamiento frente a la naturaleza. Se incluye por lo tanto, el derecho, el Estado, las costumbres, así como el lenguaje, las artes y las ciencias, los mitos, la religión y la filosofía. La cultura se emparenta aquí con un ideal de ilustración, de sabiduría, de desarrollo de las infinitas posibilidades de conocimiento humano, pre-requisito para el ensanchamiento inmediato de las ciencias naturales.

La posterior intensificación epistemológica del idealismo racionalista y del idealismo empirista, desviaron la atención filosófica a la develación de las posibilidades, de las estructuras subjetivas del conocimiento. Fue preciso aguardar una fase crítica nueva de la sociedad europea para que los filósofos restablecieran a su nivel la importancia de la reflexión sobre la cultura. Esta problemática va a ser común a disímiles pensadores como Nietzsche, Husserl, Spengler, Scheler, Freud.

## EL CASO COLOMBIANO

En nuestro medio mas que de concepciones propiamente tales tendríamos que hablar mejor de *perspectivas* desde las cuales ciertos pensadores nacionales han reflexionado el tema de la cultura. Las primeras hacen referencia a una teoría general, coherente y particular de un autor o una escuela a partir de la cual se pueden inferir tematizaciones regionales de los objetos filosóficos. Las segundas, son perspectivas por cuanto no son elaboraciones desde un *sistema* global, son móviles, y en ciertos casos, no tienen todo el rigor filosófico que se pudiera exigir. No es extraño, por ello, encontrar entre nosotros autores que para el análisis de la sociedad, por ejemplo, tome una cierta perspectiva, en tanto que para resolver el problema del ser del hombre tome otra distinta. Son por lo pronto, muy frecuentes los ensayos de síntesis de los grandes sistemas filosóficos entre nosotros, filosofías sociales que integran a Hegel y Marx, o a éstos con Husserl, con Nietzsche o con Kant. . .

## 1. Perspectiva sociologista.

Tematizaciones sobre la cultura son una constante dentro de toda la producción intelectual del antioqueño Luis López de Mesa. La enorme publicación de escritos sobre la cultura lo coloca en un lugar destacado dentro de los pensadores de la cultura en el país. Los hechos trágicos de la historia de la comunidad mundial, como lo son las dos guerras mundiales, y los acontecimientos violentos a nivel nacional, el bogotano del año 48, incidieron ciertamente en la dedicación tan intensa de este autor a la dilucidación de problemas referidos a la cultura. Hablamos de *referencia* a la cultura, porque ciertamente la utilizó, le sirvió de instrumento de análisis, sin ocuparse detenidamente por la explicitación del contenido intrínseco de lo que la cultura es en sí. Para corroborar esta apreciación general vayamos a sus obras.

En 1930 publica López de Mesa su "Introducción a la Historia de la Cultura en Colombia". Según lo expresa en la presentación misma de la obra, se trata de "una sinopsis del desarrollo cultural de este país e interpretación de sus causas y dificultades", complementa el libro con las respuestas que intelectuales colombianos e iberoamericanos dieron en la época a la pregunta acerca del principio filosófico de mayor influencia en cada uno de ellos. La sinopsis es un recuento de los principales hechos del país en cortos artículos. Esos hechos dan lugar para que el autor elabore un diagnóstico del momento histórico que vive el país y para luego presentar ciertas alternativas de conducción social. Ubicado en un contexto mundial de crisis, de caída de valores, levanta un mensaje optimista sobre el futuro del continente; justifica todas las contradicciones sufridas por la cultura mundial, en la medida en que vistas desde un punto de vista americano, este continente encuentra sobre ellas la ocasión de mostrar sus posibilidades. Es la ocasión de desarrollo de la tercera etapa del continente. "Con la blenda de la sangre —dice—, surgió el tercer Tributo de América al espíritu, la universalidad de la cultura, todavía en fermentación confusa, en rebeldía y caos" (5).

Como podemos ver, la cultura aquí está tomada desde una instancia exterior a ella misma, la sociedad. La cultura aparece como *algo dado*, algo que de por sí es, sin que se entre a discutir lo *propio* que a ella la define. La cultura es un instrumento que se hace necesario utilizar en la construcción de un diagnóstico.

En sus elaboraciones menos lejanas, encontramos de nuevo, esta perspectiva sociologista de López de Mesa, en sus delineamientos generales (6). En la primera, en su respuesta a la encuesta citada del P. Vélez, presenta una periodización del hecho social que es la cultura. La cultura tiene unas etapas o edades que tienden hacia la comprensión filosófica, a partir de sus momentos artísticos iniciales. En el segundo, que es la transcripción de una entrevista,

(5) Cfr. LOPEZ DE MESA, Luis. "Introducción a la Historia de la Cultura en Colombia", Bogotá, 1930, p. 145.

(6) LOPEZ DE MESA, Luis. "Orientación filosófica", en *Revista Universidad de Antioquia*, No. 148, Medellín, 1962, pp. 69-79; y "El desequilibrio cultural colombiano" en *Rev. Un. de Antioquia*, No. 149 Medellín, 1962, pp. 412-417.

concedida en 1962, diagnostica la crisis de la cultura colombiana y argumenta que tal crisis es la incidencia a nivel local de esa "turbación" a nivel mundial. Un desorden universal como consecuencia de la resistencia del individuo a sentirse utilizado por ese nuevo centro de gravedad de la sociedad que es el Estado. Un conflicto que se remonta al siglo pasado, cuando el Estado logró su hegemonía. La solución a esfera nacional piensa que ha de venir de una reorientación social impuesta por los conductores de esa sociedad, quienes han de imprimir valores nuevos, es decir, una cultura nueva, sobre los valores obsoletos incapaces de detener el proceso de decadencia: "Los valores de la cultura occidental con que nos conducíamos parecen no tener fuerza conectiva suficiente; ni la ética ni la religión ni el respeto a la estirpe ni el amor a la patria ni el concepto de propia definidad, detienen en este momento la mala conducta en que nos vamos sumiendo con premura y a honduras alarmantes" (7).

Sin embargo, es en una obra de 1949 en donde con mayor claridad podemos encontrar el fondo sociologista de la concepción de cultura en López de Mesa. Allí llega a definirla como idéntica a la sociedad, "la cultura es lo social", resalta (8). Es decir, que la cultura es ese patrimonio colectivo de una sociedad eterna y no la proyección espiritual de una individualidad genial o el patrimonio cerrado de una clase especial. Esta cultura socialmente definida es la condición previa para pensar ahora, en la nacionalidad y poder diagnosticarla. Es más, esta definición se completa con una genérica genealogía del devenir cultural para mostrar que las grandes culturas antes de consolidarse han tenido que recorrer un proceso mas o menos necesario. Esas tres fases son la épica, la poética y el desarrollo jurídico-científico. Vuelto sobre el país interpreta a la luz estos criterios su momento presente y le asigna un lugar de vanguardia en el concierto iberoamérica, pues Colombia ya ha incluido en su historia la experiencia de esos tres momentos. La cultura colombiana estaría, de esta forma, en una fase inmediatamente anterior a su florecimiento, estaría llegando al límite desde el cual se abriría a su pleno desarrollo. A pesar de que se mantiene la actitud de tomar el ser de la cultura de una manera instrumental, se ha logrado un avance significativo en términos de delimitación, ubicación y exploración intrínseca de lo que es la cultura en sí. Respecto a los "pasos" o fases previas para el asentamiento de la cultura como tal, es preciso, anotar de paso que esas fases ya son de por sí cultura, hecho cultural, en cuanto hecho social, para no caer en la disgregación naturaleza-cultura. Como prima lo social en la perspectiva de López de Mesa, nos resistimos a ubicarlo al lado de las concepciones naturalistas que tienen otras características distintivas.

Aunque así pudiera pensarse, no es lo nacional el ámbito ideal de la expresión cultural. El carácter social de la cultura tiene que tomarse en un sentido más amplio, en su ámbito continental; cada continente aporta a la historia, además de su composición étnica, "un mensaje cultural propio" (8a).

(7) Ibid. p. 415.

(8) Cfr. "Orientación filosófica" p. 37.

(8a.) LUIS LOPEZ DE MESA, "Perspectivas culturales", Bogotá, 1949, pags. 47 ss.

Una realización de la cultura en la sociedad nacional sí es compartida en cambio por Nieto Caballero. Este autor que tuvo por la problemática cultural una preocupación cercana a la de López de Mesa, publicó sus impresiones al respecto en su columna "Rumbos de la Cultura" en el periódico El Tiempo de Bogotá. Son artículos heterogéneos sobre aspectos de la cultura escritos en su período de caso cincuenta años, desde 1915 hasta 1962.

La cultura aquí es también patrimonio propio de una sociedad, sin que se agote en ella. La cultura nacional es específica y por dinámica propia tiende a lo general. La cultura universal es así general y cuando una sociedad asume su cultura, trata de integrarla a la universalidad, esfera a construir con el aporte de todas las naciones (9).

Un tercer autor que vale la pena de ser mencionado dentro de este conjunto es Nieto Arteta. Los aportes de este filósofo historiador para el replanteamiento de los estudios históricos entre nosotros son bien conocidos. Para nuestro análisis nos interesa referirnos a la filosofía cultural que orienta su famosa obra sobre la economía y la cultura en la historia colombiana. El libro analiza las políticas económicas sobresalientes de la época republicana: reforma tributaria, proteccionismo, libre cambio, después de haber hecho el estudio del régimen económico de la colonia. Dentro de un marxismo mezclado con la teoría de la intencionalidad husserliana aparecen los fenómenos llamados culturales en relación indisociable con la base cultural. Pero es la definición de ésta última lo que realmente nos interesa. La cultura al estar determinada por la producción económica es histórica; dentro de un raciocinio simple, como la economía es esencialmente histórica, la cultura también lo es. Sin embargo, la economía es un hecho eminentemente social, de tal modo que es este aspecto lo que entra a definir más propiamente a la cultura. Es ésta histórica por ser social más que por el fenómeno económico mismo que la determina. La cultura es primero socialmente y como consecuencia histórica (10).

## 2. Perspectiva naturalista

Por oposición a la perspectiva anterior, como veremos, la cultura aquí está pensada desde una instancia diferente, la naturaleza. No es que niegue absolutamente el correlato social del fenómeno cultural; sin embargo, la insistencia mayor en un aspecto que en otro nos autoriza a pensar y a establecer ciertas delimitaciones como las que estamos haciendo.

Abel Naranjo Villegas se ha ocupado tanto de la filosofía como del derecho. Es lógico que llegue a la cultura y a pensar filosóficamente en ella, desde la problemática jurídica. En su *Filosofía del Derecho* (11), la cultura

(9) NIETO CABALLERO, Agustín. "Rumbos de la Cultura", Bogotá, 1963.

(10) NIETO ARTETA, Luis Eduardo. "Economía y Cultura en la Historia de Colombia", Bogotá, 1942, p. 10.

(11) ABEL NARANJO VILLEGAS, "Filosofía del Derecho", Bogotá, 1947.

aparece como la prolongación social de las reglamentaciones que la naturaleza le impone al hombre y a las cuales él se acomoda. Si es prolongación, se trata de una continuidad normal. Niega la escisión común entre un estadio primitivo anterior a la sociedad en sí y el estadio de cultura o de la sociedad civil; no se trata de dos niveles distanciados por una ruptura existente entre ellos. Ataca en orden de ideas este tipo de antinomias, como la establecida por Rickert, por las cuales un derecho natural se haría incompatible con el derecho positivo. La cultura, entonces, no se puede definir por oposición a la naturaleza o ésta por oposición a aquella, sino que una y otra son matices que se pueden más bien establecer en torno a una misma realidad que podemos llamar naturaleza cultural (12).

La única diferencia que se puede establecer de una manera válida es que hace referencia a los *objetivos*. Los objetivos culturales son reformulación de los objetivos que la naturaleza imprime a las sociedades; respecto a los objetivos se crea una distinción cualitativa en tanto que éstos a nivel cultural están afectados por un elemento nuevo que es la intencionalidad (13). Sin embargo, colocados en el punto de partida, en el origen mismo de la cultura ésta encuentra su horizonte primario en la naturaleza misma.

### 3. Perspectiva subjetivista.

Cayetano Betancur, por su parte, regresa el punto de intensificación del pensar la cultura al sujeto desde la cual la cultura brota. Toma como filósofo inspirador a Nietzsche, a quien trata de reinterpretar de una manera crítica advirtiendo aplicaciones de su filosofía no sospechadas por Nietzsche, como lo es su similitud con el catolicismo y con el paganismo.

Para Betancur, siguiendo a Nietzsche, la cultura aparece como la elaboración práctica de la voluntad operativa (14). Operatividad, acción, desarrollo, definen al máximo de realización a que apuntan las posibilidades personales. Son realizaciones individuales proyectivas que no están encaminadas necesariamente a la satisfacción de intereses egoístas, y en el caso de los grandes líderes, de hecho nada tienen de autosatisfacción. Desde estos sujetos parte la ola cultural que afecta en su expansión a los demás miembros de la sociedad. Importa considerar este hombre superior en su singularidad, en ese peculiar sentido renacentista. Este tipo de hombre objetivo es el pilar mismo de la cultura.

Nietzsche no habría advertido la coincidencia de esta concepción suya de la vida y de la cultura con la concepción antropológica de los latinos. Estas concepciones latinas se caracterizan por su apego a la objetividad. Igual que Nietzsche, desvalorizan y condenan todo refugio filosófico o exis-

(12) *idem*, pags. 86-87.

(13) *idem*, pag. 100.

(14) CAYETANO BETANCUR, "Nietzsche y el Hombre como Cultura", en "Filósofos y Filosofías" Bogotá, 1969.

tencial en la subjetividad, como es el caso de la metafísica luterana y de toda la ética protestante. Es por, según Betancur, que cuando Nietzsche ataca la filosofía occidental con sus concepciones metafísicas allí imperantes está acusando una cara, una vertiente, de dicha cultura, su versión protestante. El prototipo humano del protestantismo es opuesto diametralmente al ideal católico y pagano del hombre vuelto hacia los demás en una acción, en una práctica.

Hay un común denominador, un campo en que se juntan y son familiares en el fondo paganismo, cristianismo católico y filosofía nietzscheana: la valoración de la objetividad, la preeminencia de ésta frente a la huída en el yo. La alegría, el espíritu clásico (pagano) de la amistad, el sentido de la gloria, no hacen más que evidenciar esa concepción de las relaciones como resultado de una voluntad de acción, vínculo objetivo y no como intercambio intersubjetivo, espiritualista de la metafísica. El carácter primordial de la objetividad, no obstante su cercanía, no hace caer a Nietzsche el marco doctrinal vulgar y simplista del pragmatismo. La objetividad no tiene su fin en su aspecto de practicidad, ella no tiene su razón de ser ni siquiera en sí misma, por el contrario, halla su valorización en su campo más extenso al cual se integra: la *vida* misma con su infinita e incesante variabilidad.

Con estos postulados generales de interpretación de la filosofía nietzscheana, podemos completar la perspectiva desde donde Betancur comprende la génesis y esencia de la cultura. Ella tiene una relación inmediata con el sujeto y mediata con el cuerpo social. Parte de una *subjetividad* autoexpresiva que por su fuerza inmanente traslada su creación hacia lo que no es ella misma, hacia lo otro o los otros, lo social. La cultura se engendra en la subjetividad la cual se despliega, se niega y se sacrifica en y por la *objetividad*. El ejemplo idóneo es el de los grandes hombres, aquellos espíritus conductores de la cultura, aquellos espíritus superiores que legislan, dirigen, e imponen sistemas culturales.

Son ellos los auténticos superhombres, los verdaderos filósofos, capaces de desplegar toda la potencia de su creación sin detenerse en la consideración de mezquinos intereses egoístas. El espíritu objetivo sacrifica su propio bienestar, su felicidad, su autosatisfacción, en favor de las empresas proyectivas que la cultura exige. La cultura, en fin, es esa proyección singular de la voluntad operativa inherente a la subjetividad de los espíritus superiores activos e impersonales.

#### 4. Perspectiva trascendentalista.

Quien entre nosotros más en serio se ha ocupado del estudio de la cultura en sí misma ha sido Cruz Vélez. Del mismo modo que Betancur, su reflexión está iluminada por Nietzsche y respecto a los anteriores tiene el mérito de haber avanzado hacia una definición estrictamente filosófica de la cultura con ciertos aportes de elaboración propia. En su ensayo de 1961,

“La filosofía y la Cultura”, empieza nuestro filósofo a indagar sobre la esencia de la cultura a propósito y como respuesta a un interrogante juvenil de Nietzsche. Se preguntaba el joven filósofo alemán en 1873 por “los efectos culturales de la filosofía” (15).

Betancur considera las respuestas posteriores a tal interrogante y encuentra dos grupos básicos de soluciones: a) respuestas científicas, b) respuestas filosóficas. Las primeras fueron dadas por los investigadores de las ciencias humanas a finales del siglo pasado. Hablaban ellos de la “Filosofía de la Cultura”, de la “Historia de la cultura”, bajo el supuesto que ella era el campo era el campo extenso de las realizaciones humanas dentro de las cuales aparecían ciertas “ramas” como la filosofía o el arte. Está de fondo el supuesto positivista: cultura es lo dado, el positum, lo que el hombre tiene o pone a su mano, de allí que la disciplina de preferencia para el estudio de la cultura no sea la filosofía sino la historia. La historia como ciencia positiva que se atiene al conjunto de objetos dados previamente. Su labor se ciñe a “filiar los diferentes tipos de cultura” y a mostrar que cada uno de ellos surge necesariamente una filosofía” (pag. 67).

Según este modelo, ninguna respuesta se puede esperar del aporte de la filosofía a la cultura, dado que se llega sólo a mostrar cómo ella es producida de un modo necesario por ésta.

El segundo grupo de respuestas, las propiamente filosóficas, indagan los *fundamentos* de lo que es la cultura. Buscando la identidad misma de la cultura, ensaya Cruz Vélez, primero un acercamiento etimológico. Cultura remite a cultivar, cultura es el cultivo humano, cultivo del espíritu como superación de la condición animal; la cultura supera la animalitas en la humanitas. Detecta, sin embargo, inmediatamente el filosófico que hay en este acercamiento un supuesto de fondo: la doble composición del hombre el hombre como ser natural y racional a un mismo tiempo, concepción antropológica típica de la tradición filosófica occidental. Esta concepción que ha variado en uno u otro momento, según la insistencia mayor o menor en uno de los polos de la definición. Así, hay una antropología naturalista en Marx y en Freud, para quienes la hominización es parte de la necesidad de superar instintos primarios de supervivencia o sexuales, y una antropología espiritualista opuesta que se coloca en el otro polo, “desde arriba”, desde el *logos*; el hombre es hombre en cuanto *participa* de ese nivel superior. Es la respuesta típica teológica. Una tercera versión es la scheleriana, en la que se intenta superar la antinomia anterior olvidando la tradición, partiendo de cero, haciendo “tábula rasa” de todo lo anterior. No obstante esta interesante metodología, Scheler no lograr desarrollar nada nuevo su apertura metodológica no deja de ser una simple sugerencia.

Estos tres supuestos agotan las posibilidades de desarrollo de la primera aproximación etimológica para Cruz Vélez. Ensaya por lo tanto una segunda

(15) Véase, DANILO CRUZ VELEZ, “La filosofía y la Cultura” en “Aproximaciones a la Filosofía” Bogotá, 1977.

aproximación a la esencia de la cultura penetrando a los niveles más profundos del concepto para poder obviar los supuestos perturbadores.

“Colere” en su sentido más primitivo se refiere a *vivir* en “habitare” y no a cultivar.

Este sentido más remoto colere hace relación a “proteger” de ahí que indique “cultura” es decir, veneración, culto divino, adoración de los dioses. Por lo tanto, en su sentido profundo cultura quiere decir *morada* del hombre, definición que se aparta a la clásica definición racionalista de Occidente. La cultura hace referencia a esa “red de formas culturales” y no a la naturaleza. Cultura y naturaleza son excluyentes, la cultura es negación de la naturaleza y no su continuación.

Pero al llegar a este punto advierte inmediatamente el filósofo cómo ha caído en un círculo vicioso, al mismo tiempo que el hombre produce la cultura por ella llega a ser él lo que es. Encuentra que es preciso retomar la sugerencia scheleriana, hace “tabula rasa”, abandonar las definiciones tradicionales y hacer un desarrollo analítico.

Reconsiderado el último logro en la determinación de lo que es la cultura, se había concluido que ésta es el; “ámbito de la existencia humana” y que tal lugar está, más allá de lo naturalmente dado; o sea, que “el hombre se constituye liberándose de la naturaleza”. La *liberación* es un concepto ambiguo que dice desligazón, en su sentido negativo, y en su sentido positivo indica orientación, dirección hacia. Por el primer sentido es “libertad de. . .”, por el segundo, es “libertad para. . .”. Libertad *de* y libertad *para* no está indicando un movimiento.

Pues bien, esto mismo es el hombre!.

El hombre esencialmente es libertad, ésta es lo más propio de su esencia. Libertad y existencia en el hombre son sinónimos. Y libertad y existencia refieren algo que les es equivalente: la trascendencia. El trascender es ir más allá hacia un *algo* en el que el hombre encuentra un punto de apoyo para tejer la red de la cultura.

El *mundo* es aquello hacia lo cual se trasciende, es el lugar propio y adecuado de la cultura. Es preciso tomarlo en su doble sentido: *cosmológico*, como referencia a la totalidad de las cosas y el orden en que ellas se dan, lo cual equivale al concepto superficial de naturaleza; y en su sentido *existencial*, el mundo kantiano del hombre práctico, del que juega el juego de la vida. Esta concepción se potencia con Heidegger en quien el mundo ya no es ese ámbito de realización humana, sino que el hombre mismo de por sí mundo, es uno de sus momentos constitutivos. El mundo es la naturaleza cubierta por el manto simbólico que el hombre coloca sobre ella, el mundo es a un mismo tiempo invento humano y lo que limita las innumerables posibilidades humanas.

Finalmente, regresa Cruz Vélez a su punto de partida para evaluar la pregunta inicial. La filosofía no es ciencia objetiva, tampoco contemplación o teoría. Es trascendencia y por lo tanto "acto constituyente", horizonte real de la cultura. El primero de ellos, Cruz Vélez, con rapidez conque quiere llegar a la médula de lo cultural lo pierde por sus transposiciones y divagaciones lingüísticas. Aunque no pierde todo, se queda con un elemento vacío universal, abstracto y atemporal que puede definir cualquier cosa como no definir en últimas nada. Es más, al arribar en su recorrido a Heidegger, llega a un Heidegger mutilado, en el que pierde dimensiones que nunca en filósofo alemán dejó a un lado; tratándose de los existenciales, estos no son tan solo la *mundanidad*, son igualmente la *temporalidad* en la que se define la *historicidad*. Si no se puede legitimar o validar un concepto abstracto como cultura en sí mismo, es preciso validar los presupuestos desde los cuales se lo quiere explicar o comprender. Habría que pensar entonces la cultura desde ese campo dinámico y universal en el cual ella está inscrita y del cual es una configuración temporal, es decir histórica, espacialmente ubicada, con un juego de fuerzas interior, con una lógica. Ese horizonte expresivo que se concretiza en una formación cultural no es otra cosa que el *ser* o la *vida* con todas sus potencialidades, desenvolventes.

Para decirlo esquemáticamente, la cultura, es esa factualización particular de la vida en un tiempo y un espacio determinados que definen la particularidad de un pueblo. Es colocar, así, a la cultura en un horizonte último irreductible que nos permite superar las parcialidades sociologistas y subjetivistas sin caer en el idealismo vacío de las posturas trascendentales. Primero, no se define la cultura por lo social es eso precisamente porque es cultural, la cultura es la condición de posibilidad previa de la objetivación social. Respecto a las posiciones subjetivistas, uno de los más agudos condicionamientos de nuestra racionalidad es su aún marcado antropocentrismo. La cultura no puede ser la proyección del sujeto puesto que previamente éste ha sido producto de ese mundo, y fundamento de la cultura. Por eso, repitiendo a Nietzsche, concluye que los filósofos auténticos son aquellos capaces de proyectar, de legislar, de crear el mundo de cada cultura.

### Evaluación y prospectiva

Esta agrupación ha querido responder y corresponder al aspecto prominente y de mayor valoración en cada uno de los autores presentados. En ellos hemos encontrado un mayor o menor rigor filosófico, según que la cultura se haya colocado más claramente como *objeto* de análisis en sí misma, o que haya sido el medio, la ocasión, para indagar otros objetos de más importancia teórica para el autor. Por eso quien más hable de la cultura no necesariamente es quien está penetrando más en el fondo de ella misma, porque puede ser que, aunque siempre esté presente, se la esté tomando tangencial, soslayada y descriptivamente.

Otros tan pronto como entran en la esencia de la cultura salen de ella, no logran asir nada al interior del concepto en sí. Estos logran superar el nivel descriptivo para entrar a establecer el campo especial de posibilidad para

que lo cultural se de como tal, a explicar la cultura sin necesidad de recurrir a un referencial exterior. Sin embargo, este hecho de no poder tomar algo dentro del concepto de cultura que se pueda decir que le es singularmente propio nos es muy significativo. Nos pone en guardia para pensar que quizás la cultura no pueda definirse por sí misma, ni aún etimológicamente, y que entonces sea preciso recurrir a una instancia última irreductible la cultura misma.

Sin duda, Cruz Vélez y Betancur son quienes con mayor firmeza avanzan por esta segunda vía, o quienes, por lo menos, remontan el primer nivel descriptivo. Hay en ellos atisbos de lo que puede ser una comprensión cual no niega que ciertos grupos, ciertas fracciones del cuerpo cultural, bajo condiciones especiales, históricamente propicias, logren re-crear, cualificar o potenciar el legado cultural mismo heredado.

En cuanto expresión, factualización, o concreción particular, la cultura se identifica con lo que suele comprender por idiosincracia o modo de ser total de una sociedad. Su modo específico de vivir la vida, el carácter típico con que ella se dan las contradicciones del ser. El ser de la cultura despliega las fuerzas ínsitas de la vida a escala social. La cultura es por ello pensar la vida en su factualización histórica, humano-mundana. En todos los pueblos, en todas las culturas, se da esa lucha de fuerzas propias de la lógica de la vida: deseo de conocer, deseo de crear y transformar y deseo de dominio e imposición.

El aporte que se debe exigir en la actualidad a la filosofía nuestra es primordialmente el pensar la cultura colombiana, desde aquí, reflexionar políticamente sobre sus logros y su actuación, sobre las posibilidades de mantenimiento o de negación, absorción o eliminación. Pensar en la cultura es pensar en nosotros como pueblo, pensar políticamente en nosotros mismos, en las capacidades dormidas de sentir, actuar y dominar y de recrear. Un reto que se impone a la mentalidad nacional mimética, colonizada, más allá de cuyo condicionamiento le espera la creación decidida en el incesante devenir. . .

PIO QUINTO GARCIA PARRA  
Bogotá, Noviembre de 1979